

piedad, hace adrede la caricatura del Arcángel, y en *El Diablo predicador* peca de inocente y de candoroso el poeta. Homero pecó del mismo modo contra las divinidades gentílicas, y no pudo libertarse de los anatemas de Platon.

Concluyo, pues, diciendo que el empleo de lo sobrenatural y misterioso es permitido en las novelas, y muy conveniente cuando se hace con discrecion y mesura; que los séres sobrenaturales, hijos de las falsas religiones ó de la supersticion popular, son más á propósito que los verdaderos séres sobrenaturales para que intervengan en la ficcion de un poeta; y que los entes sobrehumanos, de cuya existencia sabemos por revelacion, pueden, á pesar de los peligros mencionados, aparecer en un poema, en una leyenda ó en un cuento, ya sea en verso, ya en prosa, con tal que el autor nos los presente de un modo digno y con el conveniente decoro. En este último género poco habria, á mi ver, en español, más perfecto, si conforme está bien ideado y trazado, estuviese bien escrito, que la historia de *Lisardo y la monja Teodora*, que D. Cristóbal Lozano pone en sus *Soledades de la vida y desengaños del mundo*.

II.

Dejamos sentado que lo fantástico no se puede excluir de la novela, no que toda novela ha de participar por fuerza de lo fantástico segun lo que generalmente se entiende por esta palabra.

La novela es un género tan comprensivo y libre

que todo cabe en ella, con tal que sea historia fingida. Sin embargo, como toda buena novela tiene algo de poesía, siempre intervienen y siempre procuran los novelistas que intervengan en sus obras lo extraordinario, lo ideal, lo raro y lo peregrino. Por eso se llama *novelresco* lo que no sucede comunmente.

Este horror de lo comun, que tienen con razon los novelistas, ha llevado á unos, como á Chateaubriand y á Cooper, á imaginar las suyas en el seno de los bosques vírgenes de América, y á crear sus personajes entre los hombres selváticos, en lucha con la naturaleza, abandonados á la propia energía, libres y exentos de las leyes sociales, no sujetos á la tutela de un gobierno y campando por sus respetos, sin cédula de vecindad, sin reglamentos de policia y sin pasaporte. *Sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad*; como los caballeros andantes.

Otros novelistas han ido, como Byron, á buscar sus héroes entre los *klephtas* y los piratas griegos; otros, como Méry, en la India, entre los fanáticos sectarios de Siva y de la Diosa Durga; y otros, como Mérimée, en *Cármén* y en *Colomba*, han venido á España ó han ido á Córcega, procurando hallar todos un ménos complicado órden social, en que el hombre esté más cerca de la naturaleza y en que se muevan más libremente sus pasiones y sus pasos no sean de continuo vigilados, ni sus actos prevenidos ó castigados al punto.

Es inudable que uno de los más sublimes espectáculos, que á nuestro espíritu puede ofrecer el poeta,

es el del libre alvedrío, que sin coacción material, ejerce la facultad, sí tremenda, nobilísima, de elegir lo bueno ó lo malo, de salvarse ó de perderse: y es también indudable que, si bien los bandos, leyes y reglamentos, y la vigilancia que suele haber en las bien concertadas repúblicas, no coartan la libertad interna, limitan en lo exterior el ejercicio de esta facultad y de otras energías del alma, buenas ó malas; porque, cuidando y velando por nosotros la sociedad toda, á su desvelo y cuidado dejamos muchas cosas, en que de otra suerte desplegarían maravilloso poder nuestra voluntad y nuestro entendimiento. Con esta teoría se explica el encanto del *Robinson* y de otras novelas por el estilo. No voy yo hasta afirmar con ciertos filósofos que en una sociedad muy culta y bien ordenada sería absolutamente imposible la novela; pero sí afirmo que es más poético y novelesco el personaje que cumple su propia voluntad, que el que cumple la voluntad de otro; el que se defiende á sí mismo, que el que remite la propia defensa á un poder superior y extraño. Los contrabandistas son más poéticos y novelescos que los carabineros y que los vistas de aduana, y el valiente bandido Roque Guinart, y el terrible capitán Rolando, mas novelescos y poéticos que los cuadrilleros y los alguaciles, que nos pintan el *Gil Blas* y el *Quijote*. Los trágicos griegos comprendieron instintivamente esta verdad, y fingieron todos sus personajes entre los tiranos y los príncipes que hacen lo que se les antoja, que no reconocen superior y que sólo á la divinidad dan cuenta de sus acciones.

En el mundo en que vivimos, particularmente los individuos de la clase media, tenemos á menudo que seguir un carril, amoldarnos en una misma turquesa y ajustarnos á cierta pauta, todo lo cual amengua y descabala y aun destruye la *autonomía* novelesca, ó por lo ménos impide su manifestación y desarrollo. A no ser un foragido, esto es, á no estar fuera de la sociedad, ó á no ser un mendigo, esto es, á no estar libre de muchas de las exigencias sociales, cualquiera honrado *burgués* de nuestros días se halla muy en peligro de que jamás le suceda cosa alguna que tenga visos de las que en las novelas suceden. Solo el tener uno mucho dinero le salva de este peligro. Por eso yo, siguiendo la opinión contraria del Sr. Nocedal, no le escatimo sus tesoros fantásticos al novelista; ni pongo tasa á sus liberalidades con *Montecristo* ó con *Abul-Casen*. El dinero es en ocasiones la piedra angular de un edificio poético, así como la falta del vil metal impide que se levanten otros, cuyo plano y traza no pueden ser mejores.

Se me responderá á esto que hay novelas muy bonitas é interesantes, sin hadas, sin asombros y sin riquezas fabulosas, sino con personajes comunes que viven en una honrada medianía sin que les sucedan casos y lances notables y de estruendo; más aunque así lo concedamos, no hemos de conceder de ningún modo que lo extraordinario ha de tenerse por de mala ley. Aun en las mismas representaciones en apariencia más prosáicas de la vida real, pone el autor, si son buenas, cierto misterioso idealismo. De otra suerte se

expone á caer en la groseria de Paul de Kock ó de Pigault Lebrun, ó en el bajo realismo de algunas comedias de Breton, como *Dios los cria y ellos se juntan*. *El qué dirán y el qué se me dá á mí*, y otras.

El novelista cómico puede limitarse á pintar personajes, y á narrar sucesos vulgarísimos y hasta soeces, si gusta; pero ha de ser como contraste satírico de un ideal de limpieza, perfeccion y decente compostura, que ha de estar siempre presente y ha de purificar ó poetizar aquellos cuadros. La escena en que Cervantes nos pinta la cita nocturna de Maritornes y los bestiales apetitos del arriero, viene á transformarse en una sublime poesía irónica, merced á los elevados sentimientos de D. Quijote.

Hay otra clase de novelas, en las cuales, examinadas superficialmente, nada sucede *que de contar sea*. En ellas apenas hay aventuras ni argumento. Sus personajes se enamoran, se casan, se mueren, empobrecen ó se hacen ricos, son felices ó desgraciados, como los demás del mundo. Considerados aislada y exteriormente, los lances de estas novelas suelen ser todo lo contrario de memorables y dignos de escritura; pero, en lo íntimo del alma de los personajes, hay un caudal infinito de poesía que el autor desentraña y muestra, y que transforma la ficcion, de vulgar y prosáica, en poética y nueva. Produce esto en el lector un encanto parecido al que tendria un zahorí que, caminando por una estéril llanura, penetrase con la vista en lo profundo de la tierra y viese allí los montones de piedras preciosas que han acumulado los gnomos: una ilusion

semejante á la de Ferragut, en *El Bernardo*, cuando á la luz de la lámpara mágica se le convierte en hermosa y jóven señora la vieja hechicera Arleta, y la pobre choza, en espléndido palacio.

De esta clase de novelas son modelos bellísimos muchas de Jorge Sand, sobre todo, las campestres. Sus rústicos son verdaderos rústicos, tostados del sol, encallecidas las manos del trabajo, mal vestidos, peor comidos y sin una peseta: no son ideales y cortesanos pastores, engalanados de rosas y de moños, sin mas ocupacion que componer artificiosos versos ó tocar el caramillo y en familiar convivencia y trato con las ninfas y los faunos y hasta con el mismo Amor y otras divinidades superiores; pero el Amor y la poesía los visitan interiormente y sacan de sus almas una luz encantadora, cuyo resplandor esclarece y trastrueca la escena como si la poblasen los faunos, las ninfas y todo el coro de las musas inmortales. No entro ahora en la cuestion de si Jorge Sand es un escritor más ó ménos inmoral ó anti-social: solo sostengo que es un eminente poeta.

Suelen ser sus novelas de las que buscan lo ideal dentro del alma y que podemos llamar *psicológicas*.

De este género no negaré que se ha abusado mucho cayendo autores ingeniosísimos, como Balzac, en lo falso y en lo minucioso; y otros, aunque siempre verdaderos, pecando de prolijos, que es falta muy comun entre los novelistas ingleses, empezando en Richardson y no excluyendo al autor de *Waverley*, reformador y renovador de la novela histórica.

Sobre este linage de novelas pronuncia el Sr. No-
cedal sentencias, á mi ver, muy justas, pero vagas y
sujetas por consiguiente á una mala interpretacion. Voy
á tratar de darles la interpretacion legitima. Para ello
debemos observar primeramente, que dentro de un
tiempo y de un espacio conocidos, siendonos conoci-
das tambien cuantas cosas en ese espacio y en ese
tiempo se encierran, no es dado imaginar lo más mí-
nimo. El poseedor y el conocedor de un atlas geográ-
fico moderno jamás hubiera escrito las peregrinacio-
nes del infante D. Pedro de Portugal, ó de Simbad el
marino, y Niebuhr, con su severa crítica histórica,
no solo no hubiera escrito *La Ciropedia*, que es una
novela histórica que falsifica la historia, pero ni si-
quiera hubiera escrito la historia de Tito Livio, porque
es una historia en su entender llena de novelas. *La
Ciropedia*, sin embargo, y los cuentos del infante don
Pedro y de Simbad, no puede negarse que son muy
lindos. Lo son además las leyendas del rey Artús y
muchas proezas del Cid y de Bernardo del Carpio, y
Las guerras civiles de Granada, de Ginés Perez de Hita,
y no pocas otras leyendas históricas que falsifican
evidentemente la historia. Luego esta falsificacion no
es un pecado anti-estético: será á lo más una falta de
tacto y de conveniencia en las circunstancias actuales,
en que muchos, sabiendo ó pretendiendo saber la his-
toria, no consentimos que nos la desfiguren, ni para
distraernos é interesarnos un rato. Ahora hay otras
delicadezas que allá en los buenos tiempos antiguos
no se usaban, y ni Tirso se atreveria á poner lacayos

y ginoveses y Calle Mayor en la córte del rey David,
ni Calderon el mar en la capital de Polonia.

En el dia es menester dar á la novela y al drama
históricos lo que se llama el color local y de la época, y
aunque la exactitud en estas cosas más es mereci-
miento de arqueólogo y de erudito que de poeta, toda-
vía dá muestras de serlo eminente quien aprovecha
con acierto esos materiales que la ciencia proporcio-
na y adorna con ellos sus ficciones sin aburrirnos ni
fatigarnos. W. Scott, si bien algo prolijo á veces, es
admirable por su verdad histórica, y si aplaude el
lector en él al erudito por lo que sabe, aún aplaude
más al inspirado, por lo que adivina. Nadie ignora
que leyendo el *Ivanhoe* concibió Thierry el pensamien-
to de su *Historia de la conquista de Inglaterra por
los normandos*. La separacion de ambas razas de ven-
cedores y vencidos, su diversa condicion social du-
rante muchos siglos, y las consecuencias que de ello
se originaron y dieron fundamento y causa al desen-
volvimiento político de Inglaterra, son hechos históri-
cos apenas sospechados por los historiadores hasta
que W. Scott los consignó en el cuento susodicho.

Siguiendo despues las huellas de W. Scott, se han
escrito infinitas novelas históricas con más ó ménos
acierto, y se ha usado y abusado del color local, so-
bre todo del de la edad media. No ha faltado asimis-
mo quien haga excursiones á más remotas edades,
como Bulwer en *Los últimos dias de Pompeya*, y Gau-
tier en *La novela de la momia*, en que nos pinta cir-
cunstanciadamente á Oph, Tebas ó Diópolis magna,

capital de Egipto, en tiempo del Faraon contemporáneo de Moisés.

Tiene este género no pocos inconvenientes, más no son los mayores los que el Sr. Nocedal señala. Oír hablar á los procuradores de las villas y ciudades del siglo xiv como á los periodistas de oposicion en el dia, tal vez no tenga mucho de extraño, porque las pasiones y los sentimientos de los hombres se parecen en todos los siglos. Yo tengo por muy árduo y por punto ménos que imposible el fijar los límites y señales que separen, con toda distincion y claridad, las ideas y sentimientos comunes á la humanidad en todas las épocas, de aquellos que solo son propios de una edad ó de un momento de la historia. ¿Quién ha escudriñado con bastante profundidad los anales del corazon y de la inteligencia de todo el género humano, para poder decir á ciencia cierta, esto es lo que se pensaba en el siglo iv, y esto es lo que se sentia en el siglo ix? Ya se entiende que hablamos de pensamientos generales, morales é metafísicos, no de aquellos que se refieren á invenciones, insituciones y otras cosas concretas que, no existiendo entonces, mal podian dar lugar á pensamiento alguno. Es evidente que en la edad media nadie podia pensar en la direccion de Ultramar ó en la Academia española. Yo doy tambien por averiguado que nadie pensaba entonces en telégrafos eléctricos, ni en pararrayos, si bien algunas personas eruditas aseguran que ya los hubo en Judea en el temple de Salomon.

Menester es no ser muy severos con los anacro-

nismos metafísicos, aunque no sea más que por lo difícil que es ponerlos en evidencia. Seguro estoy de que al Sr. Nocedal le parece un anacronismo todo lo que piensa, y dice el marqués de Posa en el *D. Carlos* de Schiller: pero, ¿cuánto no se podría aducir en contra de este parecer? En otras ocasiones el anacronismo es patente, pero se perdona en gracia del buen uso que ha hecho de él el poeta: así la esclava griega, aquella bellísima figura del *Sardanápalo* de Byron. No hablemos de los poetas anteriores á nuestro siglo, tan celosos de la verdad histórica. En ellos todas las pasiones y los pensamientos son anacrónicos. Los personajes de Calderon, Racine y Corneille, nos parecen personajes del siglo xvii y cortesanos de Madrid y de Versalles, por más que se vistan á la romana, á la griega ó á la babilonia. Por dicha son personajes humanos, que es lo que más importa y lo que más el arte requiere. Peor fuera caer en el extremo opuesto y á fuerza de querer dar el tinte de época determinada á los pensamientos, creencias y pasiones, fantasear personajes que nada tengan de humanos y que no sientan, ni piensen, ni hablen como los del mundo.

La lengua española del siglo xiv está escrita, vive materialmente en los documentos y en ellos podemos estudiarla y verla. Sin embargo, la mayor parte de los que han compuesto, en el dia, versos ó prosa en *fabla antigua*, recelo mucho que han hablado una fabla que nunca se habló, ni en lo antiguo, ni en lo moderno; Idéntico es mi recelo á propósito de los *Contes drolatiques* de Balzac. ¿Qué no tendré, pues, que recelar de

sentimientos, ideas y otras cosas metafísicas que no se conocen sino por los efectos? Si para escribir una novela histórica se hubiese de proceder con la nimia escrupulosidad que el Sr. Nosedal exige, sería menester una erudición sobrehumana y no se escribiría esta clase de novelas.

En cuanto á la fidelidad en los retratos de los personajes históricos, tambien hay mucho que decir. No es tan hacedero obedecer el precepto del Sr. Nosedal *reproducir fielmente los verdaderos rasgos del modelo, sus costumbres y su alma*. Sería necesario que hubiese una historia fehaciente, autorizada de un modo legal, para que todos se aviniesen con lo que dijera, y tan honda que lo desentrañase todo, sin dejar alma de hombre célebre por descubrir, á fin de que los novelistas pudieran copiarla. Una historia, por ejemplo, que dirimiese la contienda de los que creen un monstruo á Felipe II y de los que casi le creen un santo.

Por lo comun no es el novelista quien calumnia con *falsedades y mentiras al personage que yace en el sagrado de la tumba*. Quien le calumnia, si calumnia hay, es el historiador á quien el novelista ha seguido. La cuestion no es de crítica literaria, es de crítica histórica. Y crea el Sr. Nosedal que no pocas veces sería la cuestion tan cómica y tan difícil de decidir con buenas razones, como la que tuvieron D. Quijote y Cardenio sobre la honestidad ó amancebamiento de la reina Madásima. Ariosto ha dicho de la de Car-

Elisa, che ebbe il cor tanto pudico,
Or riputata viene una bagascia
Solo perché Maron non gli fu amico.

Esto no obsta para que sea muy digno de reprehension el historiador ó el novelista que premeditadamente insulta la memoria de algun héroe ó de algun ilustre personage á quien todos sus compatriotas veneran. No hay más horrible ni más infame profanacion histórica que la cometida por Voltaire con la heroína Juana de Arco. Manchar la fama de la doncella de Orleans es deslustrar una de las más nobles glorias de Francia. ¿Qué grito de indignacion no se alzaría en nuestro país si algun perverso y mal avisado novelista se atreviese á poner en duda la clara virtud de Isabel la Católica? España volvería por ella, porque España toda es heredera de su gloria y debe defenderla como un buen hijo defiende el nombre y la memoria de su madre.

Hay personajes históricos, cuya grandeza y bondad son tan evidentes para todos, que la conciencia pública los ha santificado y canonizado. Los pueblos han cifrado en ellos su gloria, han puesto en ellos su alma, han reconocido en ellos su ideal. ¿Quién abrirá los lábios para hablar de ellos, que no los bendiga y los colme de alabanzas?

Pero ya hemos hablado bastante sobre la novela literariamente considerada; pasemos ahora á tratar de su moralidad y de sus tendencias religiosas, filosóficas y políticas.

III.

Ya que hemos examinado de qué suerte ha de ser verosímil la novela, pasemos á hablar de su moralidad.

Sobre este punto no puedo ménos de estar completamente de acuerdo con el autor del discurso que ha dado ocasion á este corto trabajo: las novelas han de ser morales ó al ménos inocentes. A lo que no me resigno es á conceder como una verdad incontrovertible, que las novelas del dia son más deshonestas, torpes y dañinas que las que en otros tiempos se escribieron. Yo no puedo exclamar con el Sr. Nocedal: *Vuelvan las musas á morar en regaladas florestas, con su gracioso antiguo continente, ceñida de flores la cintura; dejen de andar á pié y descalzas, desaseadas y en cabello por esas calles, y tornarán á ser queridas y respetadas. Vuelvan, vuelvan los tiempos en que el auditorio se entregaba en brazos de la rtsa, ó derramaba lágrimas de ternura sin miedo ni escrúpulo en el teatro y sin peligro en la lectura de cuentos, narraciones y novelas.* Como esos tiempos felices jamás han ocurrido, nadie puede desear que vuelvan.

Yo sostengo, por el contrario, que toda buena literatura, y muy singularmente las buenas novelas que ahora se escriben, son mil veces más morales y decentes que las que en lo antiguo se escribieron, y fueron tenidas por buenas y ejemplares.

Empecemos hablando de la decencia. La decencia, el recato y el comedimiento en el lenguaje, no son la

moralidad misma; pero son clara muestra del respeto que á la moralidad se tiene. Así como en un salon elegante y entre personas cultas, no se sufrirían las palabras y frases que se consienten y hasta se aplauden en una taberna ó en un garito, así en nuestra sociedad más culta y mejor mirada que las antiguas, no se sufren las groserías é insolencias que entónces no escandalizaban. El escritor público, ni aún como cita, ni aún para censurar, puede repetir ahora los dichos infames y las malas palabras que entónces se usaban sin que los oídos se ofendiesen, y tal vez sin que el rubor asomase á las mejillas de nadie. Todos nuestros autores, Quevedo, Tirso, Lope, el mismo Cervantes, están llenos de tales impurezas. Fácil nos sería recordarlas si no temiésemos ofender á nuestros lectores. Entre los autores extranjeros acontecia lo propio. ¿Quién escribe en el dia con la desvergüenza, el cinismo y el impudor de un Aretino, de un Rabelais ó de un Boccaccio? El mismo Shakspeare se sirve de espresiones que en el dia pasarían por *shocking* en boca de un carretero inglés. ¿Qué autor, por licencioso que fuese, se atrevería, por ejemplo, á poner ahora, en boca de alguno de los personajes de un drama, estas palabras que Yago dice al padre de Desdémona; *Your daughter and the moor are now making the beast with two backs?*

Y no se diga que este modo de expresarse es cándido y patriarcal, y que las costumbres eran entónces mejores, aunque no habia tanta hipocresía. No habia entónces tanta hipocresía, porque sencilla y buena-

mente las costumbres eran mucho peores y groseras. El vicio que hoy mancilla y degrada, tal vez se excusaba entónces como falta ligera ó graciosa travesura. El *Jorge Dandin* de Molière, el *Marido burlado y puesto en ridiculo*, se ha dado en el teatro, en el gran siglo de Luis XIV, sin que nadie se escandalice. Doña María de Zayas y Sotomayor, señora muy principal de Madrid, publica entre sus novelas *ejemplares*, una, titulada *El Prevenido engañado*, en la cual se cuenta con notable complacencia una série de adulterios chistosos, cuya moraleja es que todo hombre debe tratar de casarse con mujer de entendimiento para que le engañe con disimulo y sin que él lo sepa. El engaño, siendo, segun Doña María de Zayas, cosa natural y asimismo precisa, lo único que se podia evitar era que por estupidez de la esposa, se hiciese sin arte y llegase el marido á entenderle, como le acontece al pobre héroe de la novela mencionada, que tomó mujer tonta de puro *prevenido*. No sé yo qué señora de España, por *despreocupada* que fuese, se atrevería hoy á dar al público novelas *ejemplares* por el estilo; ni tampoco creo que ningun censor se atreviese á aprobarlas, como el padre Fr. José de Valdivieso, autor del poema de San José, persona de autoridad y razonable teólogo, aprobó las de doña María, diciendo que *en aquel honesto y entretenido libro, no hallaba cosa que se opusiese á la moral cristiana*.

¿Qué poeta, querido y mimado de la córte de Roma, publicaría hoy algo parecido al *Jocundo*, al *Perro precioso*, al lance del *Ermitaño* y de *Angélica* y

á otros cuentos y episodios del Ariosto? ¿En qué teatro se consentiría hoy la representacion de la *Mandragola* de Machiavelli, que fué representada delante de Leon X?

Sería cuento de nunca acabar el ir citando obras de imaginacion, escritas en los buenos tiempos antiguos y notoriamente deshonestas. Otros vicios, más feos aun que la deshonestidad, se reian cuando no se perdonaban. Para mi señora Doña Esperanza de Meneses y Quiñones, no tiene Cervantes una palabra de reprobacion, y en verdad que no nos dá mejor ejemplo que la *Dame aux camélias*, si bien se muestra mejor instruida en su oficio. ¿Qué idea formaríamos de la sociedad española del tiempo de Felipe IV, si nos atuviésemos al retrato que nos hace de ella Quévedo?

Es indudable que hay en toda la sociedad europea, particularmente entre los pueblos que van al frente de la civilizacion, no sólo un gran progreso material, sino tambien progreso moral.

A pesar de las declamaciones contra el mercantilismo de la época, no es el dinero tan poderoso móvil de las acciones de los hombres como lo ha sido en otras edades. La idea de que con dinero no hay honra de mujer ó de hombre que no se pueda comprar, idea tan repetida por los autores antiguos, y tan fecunda en chistes, se tendría hoy por soez y chavacana, no ya en un libro, sino emitida en un casino ó en una cena de la *maison dorée* entre calaveras y mujeres perdidas.

¿Qué mujer honrada no juzga hoy su honra y su virtud á prueba de pobreza, y hasta á prueba de

hambre? Yo tengo por cierto, que no sólo las mujeres honradas, sino hasta algunas de las mujeres galantes y poco escrupulosas, se habian de ofender si se las aplicase el chiste de Lope:

No estaba pobre la feroz Lucrecia,
Que á darle D. Tarquino mil reales,
Ella fuera más blanda y ménos necia.

El sentimiento de la propia dignidad es en el dia más vivo y profundo que nunca, y hasta la hembra más infeliz se juzga capaz, sin creer por eso que se coloca entre las heroínas, de resistir á todos los Tarquinos, si los Tarquinos no le gustan.

En el dia, sin embargo, se compadece, ya que no se disculpa á la mujer que ha sido pervertida desde la niñez, antes que la conciencia y el pudor se despierten en su alma; se la considera capaz de arrepentimiento y de redencion, y aún se vé en ella, por profanada que haya sido, á una criatura de Dios, hecha á su imágen y semejanza. Esto no es *levantar en alto figuras de prostitucion, y convertirlas en modelo de virtud y de grandeza*. Augier, en *La aventurera*, Victor Hugo en *Marion de Lorme*, y hasta el mismo Dumas, á quien no defiende sino relativamente, en su *Dame aux camélias*, no son tan inmorales como lo es en sus cuentos de cortesanas el más inocente de los autores de los buenos tiempos; no convierten á sus heroínas en otras tantas Magdalenas; pero tampoco las hacen llorar, porque se les acaba la salud ó el dinero, sino por más altas y nobles razones.

El caballero de Grioux, en *Manon Lescaut*, estafa, roba y hace del ruñan, sin perder la estimacion de su querida, y sin dejar de ser todo un caballero. El abate Prevost, autor de la linda novela, pues no se ha de negar que la novela es muy linda, no condena acerbamente la conducta de su héroe, antes bien le pinta como una interesante víctima del amor. En el dia, el caballero de Grioux, haciendo tales hazañas, hubiera dejado de ser caballero, y hubiera perdido la estimacion de todos; tal vez hasta la estimacion de la enamorada cortesana, su cómplice. El novelista, que hubiese narrado sus aventuras, nos le hubiera pintado como un sugeto despreciable. La conciencia pública es hoy mas delicada que entonces. En prueba de esta verdad, aduciré otro ejemplo tomado de nuestra propia literatura. Tirso, en *La Villana de Vallecas*, nos pinta á un señor oficial, muy hidalgo, muy valiente, que vuelve de Flandes á España á pretender una encomienda, y que, á pesar de toda su hidalguía, roba la maleta, los papeles, el dinero y el nombre á otro caballero indiano. Todo esto, así por el efecto que produce en los demás personajes del drama, como por la sencillez y benevolencia con que el poeta lo mira, no pasaba entónces de una broma, de una travesura discreta. ¿Qué autor dramático osaría en nuestro tiempo atribuir travesura semejante á un oficial que volviese de la guerra de África?

No sólo en novelas, sino en historias ó relaciones de hace siglos, se ven caballeros pobres que buenamente se dejan mantener por señoras ricas, sin per-

der su crédito. Hoy, aunque suele alguna vez acontecer lo propio, siempre se censura con severidad al mantenido.

Tampoco se ponen hoy tan á menudo, en novela ó en comedia, damas que se dejan seducir y que, vestidas de hombre ó con cualquiera otro disfraz poco decente, se van por esos mundos, de venta en venta y de meson en meson, en busca del querido que las deja: ni se vé, como en *La devocion de la cruz*, á una monja que se escapa del cláustro, que mata á diestro y siniestro y que se transforma en capitán de bandidos.

En las antiguas obras de entretenimiento, pasma á veces el candor ó la *inocencia* de inmoralidad, la cual se puede confundir con la ignorancia y la grosería, pero no con la moralidad misma. ¿A qué jovencito de ahora se le ocurriría enviar mensajes á su novia con *Celestina*, como á *Melibea* se los enviaba *Calisto*? Se responderá que las señoritas de ahora no viven en tanto recogimiento y retiro; pero esta no es razón, porque si el recogimiento y el retiro han de servir para que tengamos que valernos de *Celestinas*, harto mejor es que las señoritas vayan á bailes, tertulias y paseos, y reciban en casa descubiertamente á sus galanes.

En suma, de cualquiera modo que esta cuestion se mire, es fuerza convenir en que la sociedad presente, no sólo es más culta, sino también más moral que la pasada, y en que la literatura amena, reflejo de la sociedad, tiene que ser y es, en el día, más moral y delicada que ántes, aunque puede y debe serlo mu-

cho más con el progreso de la civilización. Sabemos y confesamos, que aún se publican muy malos libros; pero no peores que los antiguos. ¿Qué libro moderno español se puede comparar á *La C... comedia*, escrita en tiempo de los Reyes Católicos? Es cierto que el infame materialismo francés del siglo XVIII, los escándalos de la Regencia y la monstruosa relajación de las Cortes de entónces, concurren á producir un enjambre de libros obscenos é impíos; pero ¿quién los lee ya y no los detesta?

Hoy vivimos en una época más seria, y la juventud no se ocupa tanto de galanteos y de libertinaje. La juventud de ahora, tal vez peca por el extremo contrario, tal vez es demasiado formal, y sin pensar en amores, se dedica á la filosofía, á la política y á las especulaciones mercantiles. Yo no defiendo esta precoz formalidad, hasta me parece antipática y ridícula en muchos; pero es indudable que existe y que hace ménos frecuentes la seducción y las relaciones criminales entre ambos sexos. Al jóven que se pone á descifrar aquel intrincado laberinto de *La doctrina de la ciencia* de Fichte, ó que se calienta la cabeza con meditaciones y armonías económicas, ó que prepara un discurso, atiborrado de sabiduría, para pronunciarle en el Ateneo ó en la Academia de Jurisprudencia, casi se le pasan las ganas de enamorar y le parecen *antíno-mias* las mujeres. Es, por consiguiente, más bien un preservativo que un escollo de la castidad ese cúmulo de elucubraciones filosóficas y políticas en que ahora todos nos hundimos.

Se lamenta el Sr. Nocedal de que esas elucubraciones políticas y filosóficas invadan el campo y jurisdicción de la novela. ¿Mas cómo extrañarlo ni cómo remediarlo aunque lo lamentamos, cuando esas elucubraciones han invadido también toda nuestra vida? ¿Cómo extrañarlo, cuando sucede ahora tan á menudo lo que un amigo me refirió poco há, de un coloquio que sorprendió entre dos enamorados, los cuales estaban hablando del origen del derecho y del desestanco de la sal?

Yo soy más que nadie partidario *del arte por el arte*. Creo que la poesía tiene en sí un fin altísimo, cual es la creación de la hermosura. Creo que la poesía, y por consiguiente la novela, se rebajan cuando se ponen por completo á servir á la ciencia; cuando se transforman en argumento para demostrar una tesis. Yo creo, por último, que si los autores de estas novelas doctrinales son legos, como sucede con frecuencia, ó lo trastruecan y confunden todo, ó nos enseñan cosas olvidadas ya de puro sabidas, redundando todo ello en muy notable menoscabo del esparcimiento, regocijo y deleite que de la lectura nos prometíamos. No condeno, sin embargo, que las doctrinas se divulguen por medio de las novelas. Si unas doctrinas son malas, otras son óptimas, y al cabo, en nuestro siglo, ni hay iniciación, ni misterios, ni enseñanza *esotérica*: todo se sabe por todos, mejor ó peor, más temprano ó más tarde. Sin novelas, lo mismo que con novelas, hubiera habido siempre socialistas, panteístas, neo-católicos y otros sectarios. En los primeros tiempos del

cristianismo, hubo mas heregías que ahora, y apenas se escribían novelas.

No es esto conceder que la novela dogmática haya nacido en nuestra edad. *Nihil novum sub sole*. La novela dogmática es tan antigua como la novela misma. *La Ciropedia* es una novela política, y el cuento de Apuleyo, singularmente el hermoso episodio de los amores de Psiquis y Cupido, está lleno de símbolos de las más profundas doctrinas platónicas.

No quiero hacer mas citas por no molestar á mis lectores. De sobra he escrito para que se cansen, aunque harto poco para aclarar el asunto que indica el epígrafe de este somero estudio.

Resumiendo ahora mi opinion sobre la última parte, ó sea sobre el dogmatismo de la novela, diré que, por regla general, no le apruebo. Perdonó, sin embargo, á Goethe, sábio tan profundo como poeta eminente, que en el *Aprendizaje de Guillermo Meister* hable tanto de artes, de comercio, etc., etc.; á Jacobi, que esponga la filosofía del sentimiento en su *Woldemar*; y á Tirso, que en *El condenado por desconfiado*, nos dé un drama teológico sobre la predestinación y el libre albedrío. Pero no todos los hombres de imaginación son hombres de ciencia, y no siéndolo, es lo mejor escribir novelas para deleitar honestamente sin sermones ni disertaciones, bien sean progresistas, como dicen que son las de Ayguals de Izco, que yo no he leído, bien sean retrógradas, como las de Fernan-Caballero, escritor de mérito, sin duda, pero que aún le tendria mayor, si no se propusiera probar.

Feliz el autor de *Dafnis y Cloe*, que no consagró su obrilla á Minerva, ni á Témis, sino á las ninfas y al Amor, y que logró hacerse agradable á todos los hombres, ó descubriendo á los rudos los misterios de aquella dulce divinidad, ó recordándolos deleitosamente á los ya iniciados. Ojalá viviésemos en época ménos séria y sesuda que esta que alcanzamos y se pudiesen escribir muchas cosas por el estilo.

(Crónica de Ambos Mundos.)

DE LA REVOLUCION EN ITALIA.

I.

Vivimos, dicen muchos, en una edad agitadísima, en un período de transición, en una era de revoluciones en que nada hay estable y seguro, en que no se conoce más derecho que la fuerza, más justicia que la voluntad del mayor número; pero los que así se lamentan, niegan de un modo implícito, la evidente, providencial y perpétua agitación del humano linaje. Todos los períodos de su vida son otros tantos períodos de transición y de revoluciones. Desear el continuo reposo é imaginar que en algun tiempo le hubo, es creer que la humanidad cayó durante algun tiempo y puede caer de nuevo en un desmayo apacible; es pensar que ya ha tocado el término oscuro é indefinido de su carrera, y que podemos pararla para que en él se repose y duerma tranquila. Seria, pues, temerario y absurdo empeño el de los amantes de lo pasa-